

serie
**ABRAZO
DE LETRAS**

Jorge Grubissich

LAS PEORES VACACIONES DE MI VIDA

Un juego sin fin



LAS PEORES VACACIONES DE MI VIDA

ilustraciones / Alejandra Santín

Ser hijo, a veces, es una tarea difícil, pero ser hijo de un antropólogo y una arquitecta puede complicar las cosas.

Este dúo es la explicación de que este viaje se convirtiera en una experiencia tan extraña.

Ni una sola vez se metieron al mar Caribe, ni en una pileta de natación, ni en nada que se le pareciera.

Todo fue recorrer y descubrir. Estas vacaciones serían el principio de otro viaje, en el que el protagonista era el único pasajero.

ISBN 978-987-4007-18-6





Jorge Grubissich

LAS PEORES VACACIONES DE MI VIDA



EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

LAS PEORES VACACIONES DE MI VIDA

Autor: Jorge Grubissich
Ilustraciones: Alejandra Santín
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-18-6

Producción gráfica de 1.500 ejemplares realizada por Printerra SRL.
Enero 2017.

Grubissich, Jorge

Las peores vacaciones de mi vida / Jorge Grubissich ; ilustrado por Alejandra Santín. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2017.

72 p. : il. ; 24 x 17 cm. - (Abrazo de letras. abrazo blanco ; 21)

ISBN 978-987-4007-18-6

1. Vacaciones. 2. América. 3. Mayas. I. Santín, Alejandra , illus. II. Título.
CDD 863.9282

© 2017 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



ÍNDICE

Capítulo 1	5
Capítulo 2	9
Capítulo 3	13
Capítulo 4	17
Capítulo 5	21
Capítulo 6	25
Capítulo 7	29
Capítulo 8	33
Capítulo 9	39
Capítulo 10	45
Capítulo 11	49
Capítulo 12	53
Capítulo 13	57
Capítulo 14	63
Capítulo 15	69
<i>Sobre el autor</i>	71



Tener unos padres como los míos (un antropólogo y una arquitecta) es la explicación de que este viaje se convirtiera en una experiencia tan extraña. Ni una sola vez nos metimos en el mar Caribe, ni en una pileta de natación ni en nada que se le pareciera. Lo que más me recordó esas ausencias fue ver de cerca, aterrorizado del modo en que papá y mamá se asomaban, el Cenote Sagrado de Chichén Itzá, con su lúgubre profundidad celeste. Pero esa visita fue cerca del final de nuestro viaje, y del principio de otro, en el que fui el único pasajero.

Durante todos los preparativos, papá, que había estado en México una vez, varios años antes de conocer a mamá, nos presentó el itinerario que había diseñado,



para el que sería, según su opinión, el viaje de nuestras vidas. Ya la mención de México DF despertó en mí grandes expectativas, y me imaginaba probando nachos, guacamole y tacos, recorriendo mercados y conociendo los rascacielos de más de doscientos metros. Tan concentrado estaba en mis proyectos que apenas llegué a escuchar la mención de Teotihuacán, del Museo Nacional de Antropología y de las ruinas. Sí entendí que del DF volaríamos a Guatemala. Algunos amigos habían viajado a México con sus padres y después de conocer la ciudad iban en otro vuelo a Cancún, a tirarse panza arriba en la playa. Guatemala, porque corrí a buscar un mapa en el Google, tenía un pedacito de costa sobre el mar Caribe, con arenas blancas y palmeras, así que imaginé que nuestro trayecto sería parecido al de ellos, e incluso más sofisticado. Sin hacer ninguna pregunta, dediqué muchas horas a investigar los sitios interesantes de la ciudad de México y todas las ofertas del Caribe guatemalteco, ignorante de la cruel realidad.

Recién en el salón de embarque de Ezeiza vi de reojo unos planos raros de distintos lugares, que papá le mostraba a mamá, en la tablet. También apareció la imagen de unas pirámides, que los hicieron sonreír

de un modo desconocido. Les escuché decir muchos nombres extraños, que no me sonaban. Pero claro, había leído que México había sido construida sobre una enorme ciudad antigua, y supuse que esa clase de información era para ellos, por sus profesiones, más importante que para mí, y me dediqué a pasear por el *Free Shop*, hasta la hora de embarcar.

Si me hubiera quedado a escuchar, a los cinco minutos habría estado subiéndome al primer 86 que hubiese aparecido, y hasta no ver la cancha de Boca no me habría bajado.



2



México se extinguió en tres días. La tarde de nuestra llegada visitamos el Zócalo, y antes de internarnos en la nutrida feria que lo rodeaba, se interpuso el Palacio Nacional, con sus murales de Diego Rivera. Lindos, pero menos entretenidos que lo que hubiera sido la visita a la feria, a la que llegamos cuando estaba oscureciendo. Para colmo, papá y mamá examinaban cada escena con veneración (sobre todo las que describían sucesos precolombinos o de la conquista), y se quedaban media hora delante de cada una. Lo único interesante para mí fue una lista de los productos americanos que Europa no conocía y que recién entonces pudieron ser disfrutados por todo el mundo. No sabían nada de los tomates, ni del maíz,

ni del chocolate, ni del tabaco, ni de otro montón de cosas... Es decir que hasta después del año 1500 no pudieron comer papas fritas o papas al horno, porque tampoco conocían la papa... Así que en el tiempo que quedó apenas pude comer un taco (que me dejó la boca hecha una fogata), y después volvimos al hotel, y se acabó el primer día.

El segundo día había que ir al Museo de Antropología, donde estuvimos de 9 a 13 y de 14 a 19. Por suerte pude probar el guacamole en el almuerzo, pero después quedé tan cansado de mirar cosas incomprensibles que no me resistí a regresar al hotel y fui el primero en dormirse.

Y el tercer día fuimos en una excursión a Teotihuacán, uno de los nombres raros que había escuchado en Buenos Aires. Había tanto sol y tan pocos lugares para esconderse que, a pesar del sombrero, terminé con los hombros rojos como dos morrones (tampoco conocían los morrones en Europa) y me dolieron por una semana entera. No pude usar más remeras sin mangas y tuve que andar con un ridículo sombrero, enorme, hasta que oscureciera, todo el resto del viaje. Claro que eso fue lo de menos.



Y chau a la ciudad de México. Otro avión, y una hora después entrábamos en Guatemala. Pensé que, siendo otra ciudad, y ya que nuestra posibilidad de disfrutar de algún buen rato la habíamos desperdiciado en México, pensaríamos bien qué hacer antes de mover un pie. Fue otra enorme equivocación.



3



Creo que si caminamos un poco por la ciudad, sobre todo por la zona histórica, fue por compromiso. Yo pensé que estaban ansiosos por llegar a la playa, y seguí esperanzadamente sus pasos. Primero hubo que conocer Antigua, porque había sido la primera capital del país y conservaba muchas edificaciones coloniales, muy vistosas, que mamá conocía solo por libros. También se podía ver alguna iglesia sin techo y varias casas destruidas, que quedaron como testimonios de la furia de la naturaleza. La ciudad de Guatemala se convirtió en la capital después de que tres terremotos destruyeran buena parte de Antigua. No fueron los únicos terremotos ni la única ciudad asolada: Guatemala misma quedó parcialmente derrumbada durante el siglo pasado. Debe ser duro

